

# El hombre y la ciudad

## Un ensayo de cuantificación

Ing. MODESTO COLLADOS NUÑEZ

### 1. *EL HOMBRE ANTE EL MUNDO FISICO*

El hombre, en la búsqueda de soluciones a sus necesidades materiales y espirituales, debe enfrentarse al mundo físico. Es por esto que, desde un principio, no ya como un científico, sino como un ser primitivo que lucha por su existencia, debe encarar las tres dimensiones fundamentales de la física: el tiempo, el espacio y la gravitación.

La primera vivencia del tiempo es su vida interior. Al enfrentarse al mundo externo, se encuentra con el movimiento de los astros, con la sucesión de los días, con el ciclo de las estaciones. Todos estos fenómenos los refiere a la fluencia de su existir. Los matemáticos, mucho después, le llamarán el tiempo “t”, y lo definirán como la variante independiente por excelencia. Veremos que más adelante, cuando el hombre comience a construir ciudades, se encontrará de nuevo con esta dimensión, la del tiempo, cuya interpretación será esencial para distinguir lo urbano de lo rural.

Mas lo que en forma más inmediata, en relación con nuestro tema, sorprende al hombre, es el uso del espacio. Cuando dejó de ser nómada necesitó, para su sustento y para su albergue, extensiones de tierra, en las cuales fuera posible desarrollar cultivos y levantar moradas. Ahora bien, ambas exigencias, la agrícola y la constructiva, lo condujeron al

conocimiento de dos tropismos, que fueron esenciales en su concepción y en su utilización del espacio. El primero de ellos, de carácter natural, es aquel por el cual los vegetales tienden a desarrollarse en forma vertical, cualquiera que sea la inclinación del terreno en el cual crecen. El segundo, que por extensión llamaremos tropismo artificial, es el que proviene de que los constructores erigen sus muros también en forma vertical. Aquí, como en el conjunto de esfuerzos musculares que el hombre tuvo que desarrollar para proveer su sustento y asegurar su supervivencia, entra en contacto con la tercera realidad de la Física: la gravitación.

Los tropismos que hemos mencionado, que se plantean al hombre como una condición inevitable, le llevan a concluir que las superficies de terreno verdaderamente útiles las constituyen las proyecciones horizontales de éstas. La base firme de sus proyectos es el plano horizontal y sobre él traza sus plantas y desarrolla sus "planos". La expresión "plano", en su acepción de expresión gráfica, así como las palabras planes, planeamiento, planificación, provienen todas de este mismo origen.

Pero la planta de un proyecto no lo define totalmente. La etapa siguiente es la de elevar (y de aquí viene la expresión "elevación" que usan los arquitectos) sobre el plano ya definido, en un sentido vertical, la tercera dimensión del proyecto que, en el conjunto de sus detalles, configura el volumen, da realidad a lo que hasta ese momento sólo era una serie de abstracciones. Esta última etapa la realiza el hombre mirando hacia el horizonte, y proyectando lo que imagina sobre un plano vertical, que en la ciencia de la perspectiva se denomina plano óptico.

La plástica, y en forma muy especial el arte pictórico, corresponden a este tipo de visión sobre el plano óptico: las fachadas, en arquitectura, el paisaje, el retrato, la naturaleza muerta, la fotografía, el cine y hasta la composición abstracta tienen como constante la proyección hacia el horizonte. ¿A qué se debe esta arraigada costumbre, esta preferencia indiscutible, que es casi un imperativo de la representación espacial? A pesar de que desde hace ya medio siglo, cientos de millones de personas han usado la aviación comercial como transporte y han podido, desde la altura, observar maravillosos paisajes en proyección horizontal, los artistas que reproducen o se inspiran en estas experiencias, casi no existen. Seguimos mirando el mundo desde la tierra firme hacia el horizonte; seguimos creyendo que el plano horizontal es la

comarca de la técnica y que en la elevación encuentra el hombre el dominio del arte.

Hemos esbozado esta reseña para establecer que en la creación de la ciudad se dan, separada y necesariamente, la etapa de la planificación y la etapa de la realización. Los grados de libertad de ambos procesos son muy diferentes; mientras lo que se traza sobre el plano está rígidamente limitado por sus dimensiones, lo que se desarrolla en el espacio, hacia la altura, no tiene límites, y desafía al hombre a crear formas cada vez más audaces.

De aquí la torre de Babel. Esta historia, narrada en forma tan escueta en el Génesis, ejemplariza el apogeo y la decadencia de muchas ciudades de todos los tiempos. Respecto de todas ellas, puede decirse que han vivido sometidas a movimientos de población, alternativamente centrípetos y centrífugos, como es el caso de Troya, de la cual se dice que existieron siete versiones sucesivas, de Roma, de Florencia, de Jerusalén, de Córdoba, de San Petersburgo y de tantas otras, que desmienten que el proceso de urbanización sea uniforme y no reversible.

Todas las grandes ciudades han vivido, en cierto modo, la suerte de Babel y esto lo veremos más en detalle al final de esta exposición, cuando, cumpliendo nuestra promesa del epígrafe, descendamos a la cuantificación y analicemos la situación actual y el probable futuro de esta importante institución humana.

## 2. *POSICION RELATIVA DE LA CIUDAD RESIDENCIAL*

En ensayos anteriores hemos tratado de definir la relación hombre-vivienda y las características muy especiales que tanto el bien llamado vivienda como el servicio llamado vivienda presentan en el marco de la vida social y de la vida económica en que esta relación se desarrolla. Al ampliar la visión de la vivienda singular al conjunto de ellas que aparece en la vida urbana, estamos generando el concepto de ciudad residencial. Ahora bien, es previo y necesario comprobar que la ciudad residencial es sólo parte, cuantitativa y cualitativamente, del gran total que es la ciudad, la urbe. En efecto, e independientemente de su origen, en cada ciudad contemporánea es posible distinguir, no superpuestas físicamente como en Troya, sino entrelazadas, las siguientes siete ciudades.

a) *La ciudad religiosa*

En muchos casos, como probablemente fue el de Babel, constituye el objeto fundamental de una ciudad ser el centro de la vida religiosa, sede del culto y del poder de los sacerdotes, meta de peregrinación, foco de irradiación de la doctrina. No hay ciudad, moderna o antigua, en que los elementos de tipo religioso, catedrales, iglesias, monasterios, no tengan influencia en su carácter y en su función como metrópolis. Como ejemplo eminente, y debiendo elegir entre muchos casos igualmente representativos, elegiremos a Jerusalén como prototipo.

b) *La ciudad militar*

También es éste el origen de muchas ciudades. La plaza fuerte, cuya función es primordialmente castrense, se rodea luego de todos los servicios de la vida comunitaria. Tal vez el ejemplo más puro de esta especie, que hoy es posible admirar, sea el de Carcasonne, en el sur de Francia.

c) *La ciudad administrativa*

Es la sede del poder político. Adquiere importancia creciente a lo largo de la historia, y en los tiempos modernos, con la creación y generalización de los estados nacionales como individuos reconocidos en la comunidad internacional, es el factor preponderante para determinar la importancia de los centros urbanos. Ella incluye, naturalmente, todos los servicios sociales que el Estado entrega a la comunidad. Designemos a Washington, la capital de EE.UU., como prototipo.

d) *La ciudad financiera y comercial*

Innecesario es describir su importancia; desde la más remota antigüedad, las ciudades fenicias, las italianas, las de la Liga Hanseática, etc., crean sus bolsas, sus bancos, sus mercados, sus puertos, sus aduanas, que se traducen en obras materiales de arquitectura e ingeniería, que constituyen piezas fundamentales de la gran ciudad. Pensemos en New York, entre otras muchas, para elegir un prototipo.

e) *La ciudad industrial*

El proceso de la revolución industrial trajo al seno de las ciudades barrios importantes formados por establecimientos fabriles. En otras ocasiones el conjunto urbano se desarrolló alrededor de grandes industrias. Ambas circunstancias, en algunos casos sumadas, dieron origen a inmensos conglomerados urbanos como es el caso de Pittsburg, en Pennsylvania.

f) *La ciudad residencial*

Formada por el conjunto de viviendas individuales y colectivas que sirven de alojamiento a las familias que habitan la ciudad, constituye el objeto del estudio que a continuación abordaremos. En algunos casos la ciudad residencial se da en forma relativamente pura, constituyendo conglomerados de tamaño mediano como el caso de San Bernardo o Viña del Mar en nuestro país.

g) *La ciudad docente y cultural*

Su origen puede rastrearse desde el siglo XIII, con el nacimiento de las primeras universidades. No obstante, la ciudad docente verdaderamente significativa, data de los últimos 150 años; ella coincide con la transferencia que la familia y los talleres artesanales hacen a la docencia organizada y especializada, constituida por el Estado Docente y los Colegios Particulares. Ella da origen y se apoya en una infraestructura material importantísima, bajo cuyo techo transcurre parte considerable de la vida colectiva contemporánea; baste sólo comprobar que en las horas hábiles debe cobijar a la tercera parte de la población. Si a la actividad propiamente docente agregamos la cultura física y la recreación, se comprende que esta séptima ciudad haya llegado a ser un factor decisivo en la cohesión y en la vigencia de la urbe moderna. Hay muchas y muy famosas ciudades en las que el sello de la docencia prima sobre otros aspectos y les da su carácter. Salamanca, Heidelberg y Cambridge, las tres igualmente ilustres y antiguas, se han conservado como los más puros exponentes de la ciudad cultural.

Estos siete entes que hemos descrito son algo más que definiciones. Tienen vida, tienen estructura, tienen continuidad más allá de las

personas, tienen un asiento material, ocupan zonas, configuran barrios. Están ligadas entre sí por las comunicaciones, los transportes, los canales distribuidores de fluidos y energía, los servicios de abastecimiento y limpieza, entre otros agentes que les son comunes. Pero el gran nexo que los une es el protagonista de la ciudad, su habitante.

Este, originalmente, vino del campo, en alguno de los movimientos migratorios centrípetos que antes hemos mencionado. Allí, en la ciudad, se transformó, adquiriendo características diferentes a las del campesino, las cuales han sido tema predilecto del poeta, del narrador, del sociólogo. Yo quiero referirme sólo a uno de estos cambios, a mi juicio el más esencial: su concepto del tiempo.

Para el hombre nómade debió ser difícil separar su concepto del tiempo del de su propio yo. Mas apenas se hizo campesino hubo de ligarlo, como antes mencionamos, a las jornadas de luz, que medían su trabajo, y a las estaciones del año que condicionaban el fruto de su esfuerzo.

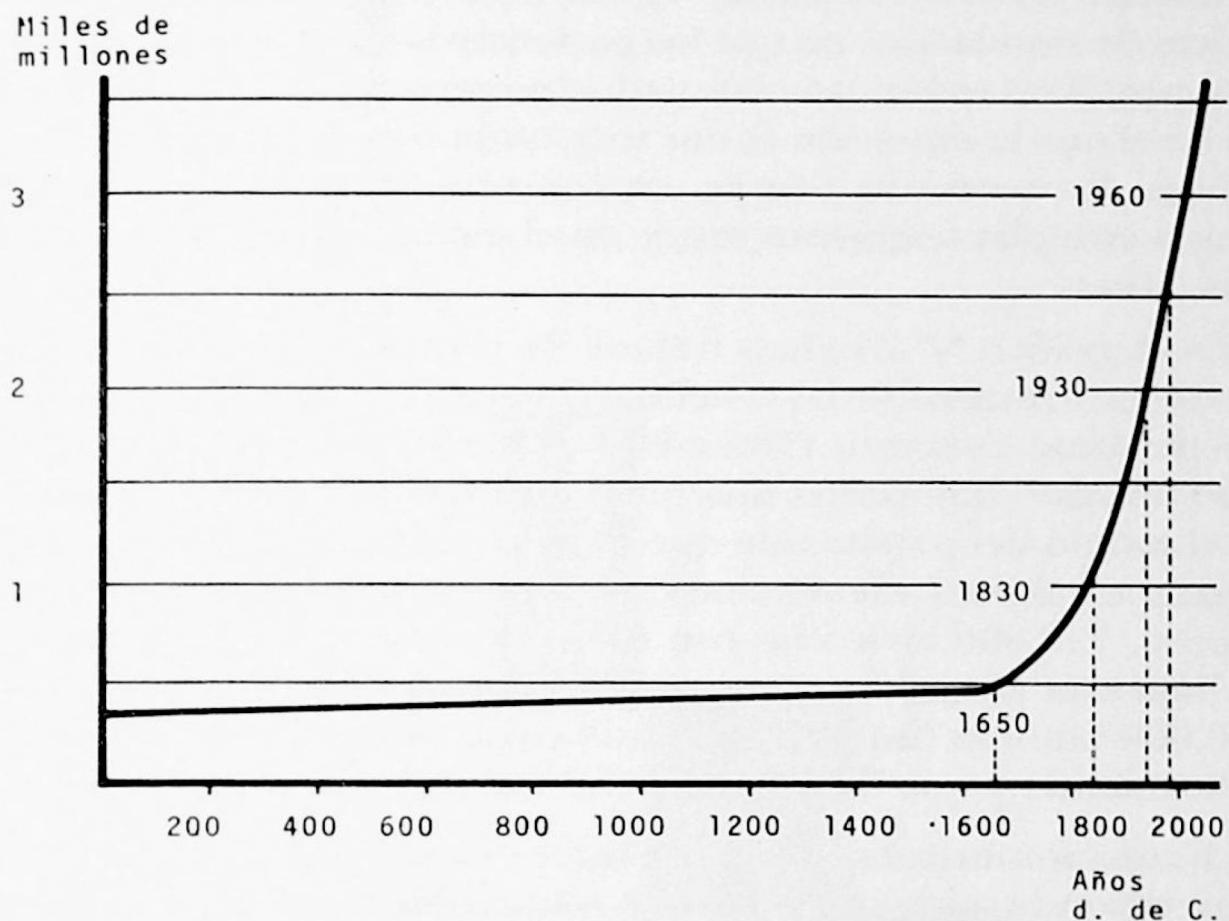
Para este campesino, si lo decimos en su modo sencillo, el tiempo es siempre "igual". Con esto él quiere decir que es uniforme, que es lineal, que no se apresura ni se atrasa y que, si bien es infatigable, nunca es angustioso. La sucesión del invierno, la primavera, el verano y el otoño será siempre similar, siempre al mismo ritmo; su aradura, su siembra, su cosecha, se adaptarán a este ritmo.

Mas cuando se traslada a la ciudad, y dedica su esfuerzo a las labores artificiales de la industria o el comercio, descubre que puede producir de día o de noche, que puede hacer caso omiso de las estaciones, que puede "multiplicar" el tiempo, y en consecuencia, acelerarlo o retrasarlo. Nace de esta actitud del hombre urbano un crecimiento exponencial de lo cuantificable en la vida moderna —población, producción, consumo— que la ciudad en un principio genera y después exige. Como esta experiencia coincide con un ensanchamiento continuo del mundo conocido, el hombre llega a creer que el abastecimiento es inagotable, y persevera en su carrera exponencial. Su cosecha íntima la constituyen, alternativamente, la euforia y la angustia, sentimientos casi desconocidos para el campesino, y esta vivencia enteramente nueva pone un sello en su espíritu y en el de la ciudad.

### 3. CUANTIFICACION DE LA CIUDAD RESIDENCIAL

Observemos una representación gráfica del crecimiento de la población mundial, a lo largo de la Era Cristiana. (Gráfico N° 1).

Gráfico N° 1  
**HISTORIA DEL DESARROLLO DE LA POBLACION MUNDIAL.**



Hasta 1650 el crecimiento es lineal; a partir de esa fecha se produce un cambio que habría que definir como cualitativo: el aumento de la población se transforma en un proceso exponencial. Una variación tan fundamental tiene que corresponder a causas muy definidas. No es aventurado afirmar que el desarrollo de las grandes ciudades de la época moderna es a la vez causa y efecto de este fenómeno exponencial.

Paralelamente a este crecimiento demográfico comienza la concentración de la población en grandes ciudades y se intensifica a partir de 1800. En esta fecha, una sola ciudad bordeaba el millón de habitantes, Londres. Cien años más tarde, en 1900, existen 11 ciudades que superan esta cifra; en 1930 son 27 las urbes que lo hacen; en 1965 alcanzan a 108; en 1974 llegan a 169.

En el período que hemos mencionado la población mundial creció cuatro veces; el número de ciudades con más de un millón de habitantes creció 169 veces. Esta concentración en las grandes ciudades no significa disminución de la población en las pequeñas; éstas a su vez crecen a expensas del campo. Es el fenómeno de la urbanización. En nuestro país da origen al crecimiento acelerado de las mayores ciudades, en especial de la capital. Para tratar de entender este proceso de crecimiento en el seno mismo de su desarrollo, propondremos un ejercicio de simulación, en que los parámetros adoptados están constituidos por cifras redondas y estimadas (no provenientes de estadísticas) pero en el que la intención es dar una visión de una ciudad parecida a Santiago. Es necesario aclarar, en consecuencia, que la validez que damos a este planteamiento reside en el método y no necesariamente en las cifras.

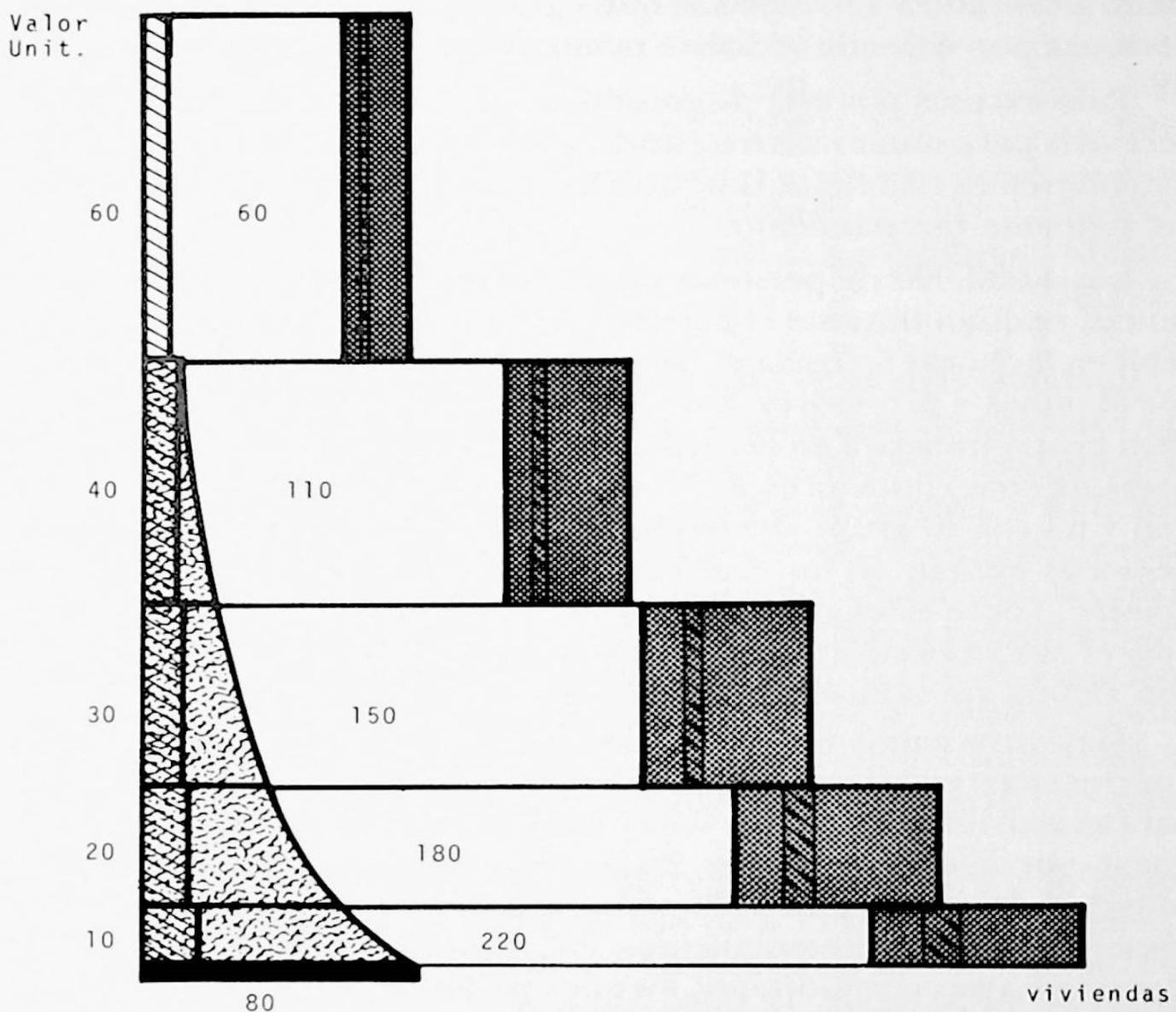
En el gráfico N° 2 hemos tratado de representar una ciudad residencial (exclusivamente las viviendas) habitada por 800.000 familias de cinco personas cada una. Obviamente, entendemos aquí por familia el grupo humano que ocupa una misma unidad habitacional. Para evaluar el monto del patrimonio que estas viviendas representan, se han dibujado escalonadamente cinco rectángulos que representan, en su conjunto, 720.000 viviendas con un valor total de US\$ 18.300 millones. Bajo esta pirámide aparece un rectángulo negro, representativo de 80.000 familias (un 10% del total) cuyas viviendas no tienen valor prácticamente, y que llamaremos viviendas marginales.

La zona sombreada en la parte inferior e izquierda de esta pirámide corresponde a las viviendas que son inadecuadas para su uso por razones sanitarias, estructurales, de senectud, etc. Ellas corresponden, incluyendo las 80.000 marginales, a 240.000 familias que viven en habitaciones inadecuadas. En consecuencia, en nuestra ciudad imaginaria, un 70% vive en habitaciones adecuadas y un 30% en viviendas inadecuadas.

Esta sería la visión estática de la ciudad residencial. Para tener una visión dinámica, imaginemos el crecimiento de la ciudad en los próximos siete años. Si el primer año se construyen 30.000 viviendas y los años siguientes esta misma cantidad creciendo en un 5% acumulativo anual, al final del período se tendrían 244.000 casas nuevas, todas ellas adecuadas. Este crecimiento aparece en el gráfico representado por los rectángulos sombreados que van a la derecha.

Imaginemos además que en dicho período de 7 años hemos demo-

Gráfico N° 2  
PATRIMONIO DE LA CIUDAD RESIDENCIAL.



Patrimonio: Variación en 7 años:

800 mil viviendas

■ + 244.000 viviendas nuevas

US\$ 18.300 millones

■ - 50.000 viviendas

■ 240.000 viviendas  
inadecuadas

extinguidas

lido el 7% de las viviendas que tienen valor y el total de las 80.000 que no lo tienen. ¿Qué habrá sucedido al final del período?

Habrá un parque de 914.000 viviendas, de las cuales 114.000 serán inadecuadas. El porcentaje de estas últimas habrá disminuido de un 30% a un 12,5%.

Por otra parte, supongamos un crecimiento demográfico de un 2% anual. La población que primitivamente era de 4.000.000 de habitantes habrá alcanzado a 4.595.000, lo que significa que el promedio de cinco personas por vivienda se habrá mantenido casi exactamente.

Pido excusas por esta disgresión aritmética, pero me ha parecido necesaria para situar nuestro estudio en términos realistas y probables. Extenderemos esta cuantificación a las 6 ciudades restantes, por medio del siguiente razonamiento.

Los 4.000.000 de personas que duermen en nuestra ciudad residencial realizan durante el día diversas actividades. Tomemos un día hábil en las horas de trabajo. Un porcentaje de la población, formado por alumnos y profesores, estará haciendo uso de la ciudad docente. Otro grupo trabajará en la ciudad comercial, ejerciendo como vendedores, cajeros, contadores, etc. Un tercero laborará en la ciudad industrial y un cuarto grupo desarrollará labores administrativas. Algunas personas estarán en los cuarteles y otras ocuparán los seminarios e iglesias. Todos estos grupos requerirán un techo bajo el cual puedan ejercer sus respectivas funciones; este requerimiento puede medirse, con alguna aproximación, en metros cuadrados por persona.

Hay otros habitantes, que siendo parte del gran total de 4.000.000 que duermen en la ciudad residencial, no requieren un techo adicional para su actividad. En primer lugar, las personas que permanecen en su hogar, por diferentes razones. En seguida, aquellos que en el momento considerado están ejerciendo como usuarios de los transportes, del comercio, de los entretenimientos, etc. Tampoco requieren un techo, al menos en escala importante, los que operan en los transportes, ya sea de carga o de pasajeros. Por último están aquellos que no ocupan la ciudad construida, sino la que se está construyendo, o sea, los trabajadores de la construcción. Todo este último sector no debe ser inferior a un 25% del total, siendo la cifra más importante la de los que permanecen en su hogar.

Con estos antecedentes es factible desarrollar el siguiente cuadro, que se propone a modo de ejercicio, y en que los coeficientes usados son sólo estimativos:

Ciudad	Miles Habit.	M <sup>2</sup> /H	Miles M <sup>2</sup>	Relación Terreno/edif.	Hás.
Residencial	4.000	13	52.000	3,5	18.200
Docente	1.200	3	3.600	5	1.800
Comercial	600	8	4.800	2,5	1.200
Industrial	800	6	4.800	4	1.920
Administrativa	400	9	3.600	2,5	900
Religiosa	—	—	120	6	72
Militar	—	—	280	5	140
			69.200m <sup>2</sup>		24.232
			60% áreas públicas		14.540
					38.772 Hás.

De este cuadro se desprende que, para el modelo estudiado, la ciudad residencial crece, al ampliarse al conjunto de ciudades que llamaremos la ciudad integral, en un 33%. La áreas de uso común no pueden, en general, asignarse a una ciudad determinada, y las hemos estimado en un 60% adicional a las áreas que ocupa el conjunto de ellas.

Volvamos a la consideración del desarrollo dinámico de la ciudad residencial, como aparece en el gráfico N° 2. La franja vertical achurada a la derecha representa el crecimiento anual de la ciudad. Participan en este hecho físico y económico puntual (lo que se construye en un año) dos categorías de ciudadanos: los que encargan o adquieren las viviendas producidas en ese año, y los que intervienen en su proyecto y construcción.

El conjunto de estas personas no representa una fracción importante de la población; los primeros son un 3,75% del total de jefes de familia; los últimos no exceden del 4,5% de la fuerza de trabajo. Esta última cifra sube al 6% si consideramos el conjunto de la ciudad integral.

Cuando uno se plantea la pregunta: ¿Quién paga el desarrollo de la ciudad?, debe tomar en cuenta este hecho: en un momento dado se produce una antinomia desigual. Un 3,75% de la población contribuye pecuniariamente al crecimiento, mientras un 96,25% adopta una actitud pasiva. Es cierto que el fenómeno es cíclico y el período aproximado debería ser de 27 años, lo que significa que en este lapso todos o casi todos tendrán que hacer el esfuerzo; es cierto también que lo que

llamaremos el sector activo se está procurando su propia vivienda. Nuestra observación no tiene un carácter ético ni hace referencia a una situación de justicia; plantea el hecho macroeconómico de una polaridad muy desequilibrada, que no se da en la producción de los demás bienes o servicios, al menos en esta proporción.

Creemos que esta situación debe tomarse en cuenta cuando se plantea el financiamiento del entorno de la vivienda residencial, distribuyendo este financiamiento en cuatro sumandos: el costo directo, la tarifa por uso o consumo, el gravamen municipal y el impuesto general. La mejor distribución que se adopte será aquella que permita definir con más propiedad a los beneficiarios.

#### 4. TENDENCIAS ACTUALES DE LA CIUDAD

Un estudio de las tendencias de cualquier institución no implica un acto de profecía, especialmente en este caso en que los indicios (y también los estudios) empiezan a aparecer contradictorios. Veamos, para empezar, lo que sucede con el proceso demográfico mundial.

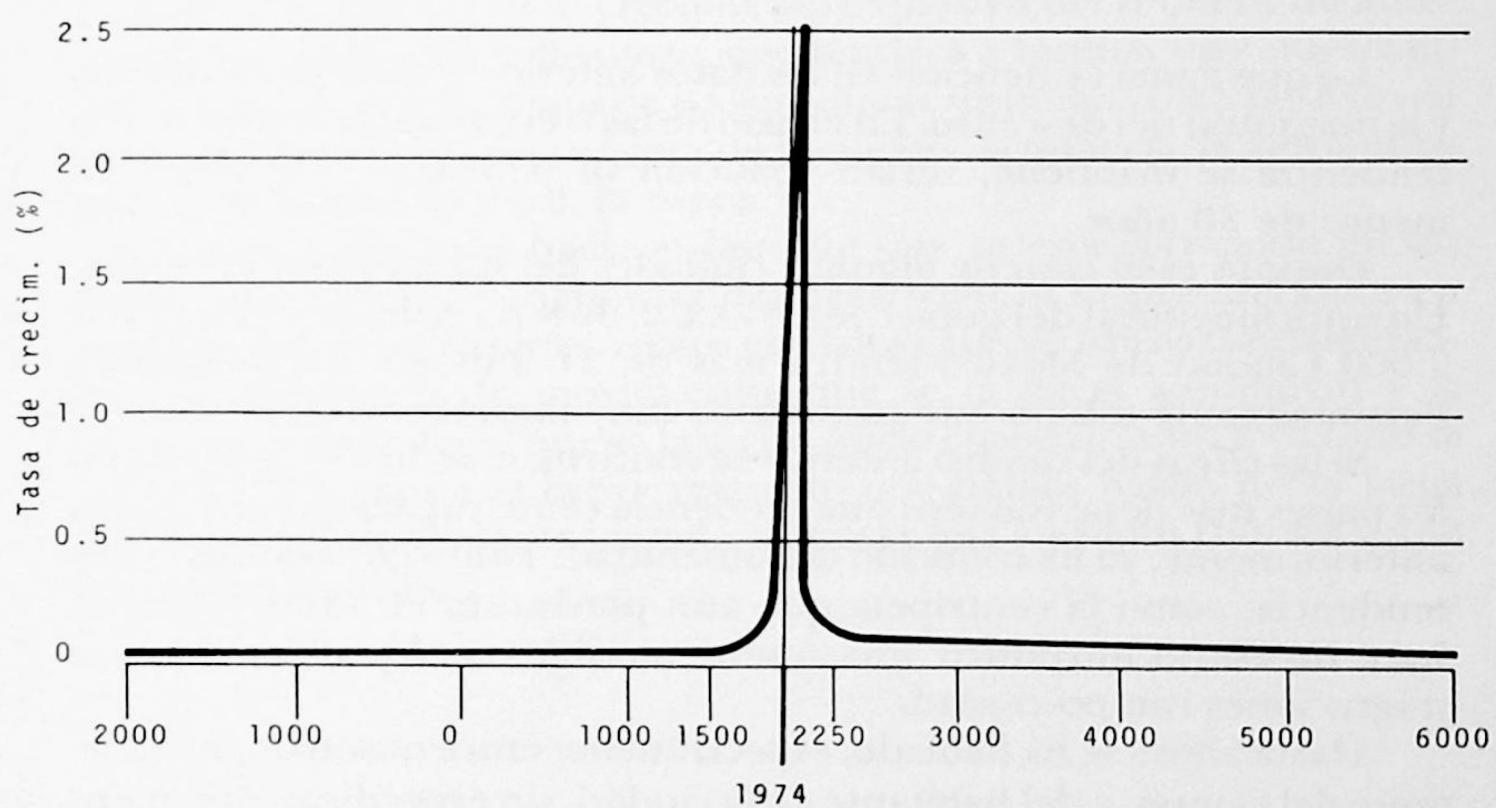
Si bien el crecimiento de la población ha seguido el curso exponencial que describe el gráfico N° 1, hay algunos indicadores de un freno en este crecimiento. En 1970 se predecía para el año 2.000 una población mundial de 7.000 millones. En 1975 el pronóstico era de 6.500 millones. El que se hace actualmente se acerca más a los 6.000 millones. Por otra parte, al analizar los dos componentes de la tasa de crecimiento, cuales son la tasa de natalidad y la de mortalidad, se observa en ambas una tendencia a disminuir, pero esta tendencia es mayor en el primer caso.

Los sociólogos norteamericanos Freedman y Berelson (ver gráfico N° 3) creen que la fecha en que se revierta el proceso, es decir que la tasa de crecimiento empiece a decrecer, está próxima: sería alrededor del año 2.000, y que su punto máximo será del 2,5%. El decrecimiento, como lo demuestra el gráfico, sería abrupto y daría origen a un fenómeno simétricamente inverso al que hemos vivido hasta nuestros días. Es necesario aclarar que el gráfico aludido se refiere a la tasa de crecimiento, y no a la población misma. Esta última seguiría creciendo hasta 2.250, fecha en la que prácticamente se estabilizaría. Otros sociólogos coinciden, en líneas generales, con esta teoría.

En cuanto a la población de las ciudades, en los países desarrollados, las estadísticas están empezando a arrojar datos que reflejan, no ya

Gráfico N° 3

Tasas de crecimiento según  
FREEDMAN y BERELSON



una disminución de la tasa de crecimiento, sino también un descenso de la población misma.

Los datos, aún no oficiales, de los censos de población de 1980 en ciudades de EE.UU. de N.A., tomados de la revista Time, revelan los siguientes resultados, comparados con las cifras de 1970:

<i>Ciudad</i>	<i>Censo 1970</i>	<i>Censo 1980 (no oficial)</i>	<i>% de cambio</i>
Pittsburg	520.000	410.000	-21%
Boston	641.000	505.000	-21%
Detroit	1.511.000	1.200.000	-21%
Atlanta	497.000	402.000	-19%
Baltimore	906.000	753.000	-17%
Providence	179.000	152.000	-15%
Denver	515.000	455.000	-12%
Birmingham	301.000	265.000	-12%
New York	7.900.000	7.100.000	-10%

Lo que llama la atención en los datos anteriores es su uniformidad y la magnitud del descenso. En el caso de las tres primeras ciudades si la tendencia se mantiene, verían reducida su población a la mitad en menos de 30 años.

Distinto es el caso de algunas ciudades del mundo en desarrollo. Un informe oficial del gobierno de EE.UU. de N.A., estima que en el año 2.000 Ciudad de México tendrá más de 31 millones de habitantes. Personalmente estimo este pronóstico muy improbable.

Si las cifras del cuadro anterior se confirman, se habría iniciado en los países más desarrollados una tendencia centrífuga que, como decía anteriormente, ya ha conocido la humanidad. Tanto para estudiar esta tendencia, como la centrípeta que aún perdurará en otras zonas, se hace necesario introducir una nueva variable en el problema de las migraciones campo-ciudad.

Hasta ahora se ha hablado, especialmente entre nosotros, del habitante del campo, y del habitante de la ciudad, sin especificar claramente las circunstancias que les daban esta denominación. Sin embargo, hace ya bastante tiempo que en países desarrollados, en EE.UU. de N.A. especialmente, se distingue entre quienes viven en el campo y quienes trabajan en el campo. Las cifras que sirven para hacer esta distinción son tan elocuentes, que no es posible hacer ningún estudio serio sobre estas migraciones sin considerar esta distinción. En 1960 la población rural de EE.UU. de N.A. alcanzaba al 37,7% de la población total. En ese mismo año, la ocupación en agricultura, que es la más importante en el

medio rural, no llegaba al 10% de la fuerza de trabajo. Esto sólo se explica por una migración disfrazada: personas que viven en el campo y trabajan en la ciudad, principalmente.

En otros países se ha dado el fenómeno inverso, aunque con menor frecuencia. En ellos se da la solución del villorrio agrícola moderno, que son pequeñas ciudades con edificación en altura, dotadas de todas las comodidades urbanas, donde vive gente que durante el día va al campo a realizar faenas agrícolas.

Tenemos así cuatro variedades de habitantes, al combinar los conceptos de trabajo y habitación. Dichas variedades se refieren a personas que viven y trabajan en el campo; a personas que viven y trabajan en la ciudad; a aquellas que viven en el campo y trabajan en la ciudad y, por último, a las que trabajan en el campo viviendo en la ciudad. Creemos que en nuestro país se van a dar, en un plazo breve, y en forma muy definida, estos cuatro casos, y lo creemos por dos razones. La primera es el crecimiento explosivo del número de automóviles y medios de transporte, que tenderá a facilitar este intercambio. La otra es que los polos de trabajo que se insinúan como posibles en el futuro inmediato, están fuera de la ciudad: la minería, la agroindustria, la industria forestal, la pesca.

Cuando miramos hacia el hombre que se está formando en los países que van a la vanguardia del desarrollo, si lo consideramos en relación con nuestro tema, vemos en él dos características fundamentales: la autonomía de movimiento, que se la da el automóvil; y la autonomía de trabajo, que se la da un oficio especializado. Y cuando se mira hacia atrás en el breve recuento que hemos hecho de su larga trayectoria, uno se siente tentado a pensar que los siglos futuros verán un nuevo nómade.